

los encantos de esa mujer. En cambio a ella le repugnaba el vecino, al punto de que cuando por la primera vez él intentó apoderarse del corazón de la niña, fué burlado cruelmente. Más adelante supo Alfredo que el dichoso era Luis y no pensó ya en Felicia, abandonó el campo por considerar baldíos sus esfuerzos. Cortejó entonces, con mejor éxito, a Marta, joven hermosa, trigueña, instruída y callada. La trató un verano, yendo los dos en el tren. Pronto visitó como amigo la casa; y cuando estuvo en la finca escribió a Marta, que no le contestó. Pero apenas supo que Luis había huído de Felicia, renació su antigua pretensión y estudió la manera de hacerse simpático. Una noche que con la prima y otras jóvenes Felicia se paseaba frente a su casa, se acercó él, y empezó a decirle que no creía que Luis la hubiese olvidado, sino que algo anormal y pasajero, a no dudarlo, lo alejaba temporalmente. . . . Y por ese tenor ascendió a confidente de Felicia y sólo para que le halagase el oído con las noticias fidedignas que de Luis podía darle, pues estaba en la creencia de que aún visitaba a Marta. En tanto Alfredo se conformaba pensando que la costumbre de verlo lo haría simpático al fin, y que la porfía mata la caza. Unas amigas pizpiretas aconsejaron a Felicia que le diese cuerda a Alfredo, quien por su gallarda figura, buena posición social y dinero, digno de rivalizar con el otro era, aunque en realidad Luis fuese más simpático y listo: táctica que molestaría doblemente a Luis, y a la larga lo obligaría a tornar como un caballero del "Amadís de Gaula" a los pies de su dueña gentil, a besar su blanca mano.

## II

En vez de emperegararse e irse a la calle, o cuando menos a la ventana, para distraerse y gozar de la tarde espléndida, Marta concluyó

sus quehaceres domésticos y se fué al jardín. Limpió delicadamente las hojas, como sólo pueden hacerlo finas manos de mujer; arregló los tiestos de una preciosa colección de begonias colocadas en una gradería a modo de altar; destripó sin compasión los gusanillos, y aspiró con delicia el perfume de una centifolia cuyo tallo necesitó encorvar para oler la flor. Compuso un ramito de violetas y lo llevó a la mesa del comedor para colocarlo en un vaso de cristal montado en plata. Sentóse frente al florero, y palpan-do la tersura de los pétalos de las violetas, como quien acaricia un tierno infante, ocupó su corazón en pensamientos:

—Todos los hombres son iguales; incapaces de penetrar y comprender el alma femenina, y por eso, ingratos, ya que sería mucha maldad que a sabiendas cometieran felonías. . . Granjean nuestros corazones con su vista y palabras, persuaden a cuanto quieren con audacias, regalos y razones; pero mienten sus regalos y razones, que ojos que se van y nos dejan nunca reflejaron la verdad. O no conocen el amor o no creen en él o nos toman por cortas de juicio e insignificantes. . . . El otro día se lamentaba Felicia hecha un mar de lágrimas, hoy me toca el turno. ¡Desgraciada predestinación! . . . . Pero Felicia, con tanto repartir su pena, quizás esté curada cuando admite, según murmuran, a Alfredo. Se habrá dicho: a rey muerto, rey puesto ¡Y no piensa en mí! Por ella hice cuanto pude. . . ¿Me arrebató el mío en pago de haber palpitado mi pecho al unísono con el de ella? . . . Jamás querrá Felicia a Alfredo como yo lo amo. ¡Imposible! . . . ¡Que no comprendan los hombres estas cosas! . . .

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Marta; y como oyese pasos, púsose de pie, llevóse pronto el delantal a los ojos para enjugarlos y disimuló. Entró la madre y dijo:

—¿Estás ahí? Te buscaba. . . To-